

Egied Van Broeckhoven

La amistad

Diario de un jesuita en la fábrica (1958-1967)



100XUNO



Prólogo de LUIS ARGÜELLO

La amistad



100XUNO

Egied Van Broeckhoven

La amistad

Diario de un jesuita en la fábrica (1958-1967)

Prólogo de Luis Argüello

Edición de Emanuele Colombo

Traducción de Valeska Cabañas



Título en idioma original: *L'amicizia. Diario di un gesuita in fabbrica (1958-1967)*

© Sint-Jan Berchmans Seminarie, herederos de la obra de Egied Van Broeckhoven

© de la edición italiana: Marietti, 2018

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2023

© imágenes del apéndice: KADOC-KU Leuven

Edición e introducción de Emanuele Colombo

Traducción del italiano de Valeska Cabañas

Prólogo de Luis Argüello

Revisión de Ricardo Rey

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 116

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-151-9

Depósito Legal: M-10553-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
EGIED VAN BROECKHOVEN: FOTOGRAFÍA DE UNA VIDA (1933-1967)	11
«Llevar los hombres a Dios»: la Compañía de Jesús	12
«Oración vespertina en los bosques de Schilde»: vida contemplativa	15
«La zarza ardiente de Bruselas»: en la fábrica	16
«Mis experiencias de Dios»: el diario de Egied Van Broeckhoven.....	25
«Un pequeño Teilhard»: la amistad.....	33
BIBLIOGRAFÍA	39
NOTA EDITORIAL.....	43
I. LA AUDACIA APASIONADA DE LA JUVENTUD (1958-1959)....	45
II. LA PROFUNDIDAD MÍSTICA DE LA AMISTAD (1960-1965)....	61
Las relaciones personales como medio para acercar a los no creyentes	109
III. «DIOS TODO EN TODOS» (1965-1967).....	119
Consideraciones sobre nuestro apostolado de barrio	122
Mirada retrospectiva al primer año pasado en Bruselas	124
Por qué fui a trabajar a la fábrica.....	127
APÉNDICE	173

PRÓLOGO

El Concilio Vaticano II, verdadero paso del Señor para disponer a su Iglesia para este tiempo nuevo, nos da en *Lumen gentium* y *Gaudium et spes* las claves sobre la forma de estar presente hoy la Iglesia en medio de la sociedad. Las grandes cuestiones de la evangelización, la transmisión de una presencia que ya está, pero aún no en plenitud, y el sentido de la actividad humana en el tiempo, se comunican en forma de revelación.

La Iglesia no se halla en el mundo para crear otro mundo al lado del primero creado por Dios, sino para ayudar al mundo real a dar con su vocación y alcanzar su plenitud. El Reino de Dios no es un trasplante extraño al ser de este mundo, sino revelación de su oculta profundidad espiritual velada por el pecado, desobediencia del hombre al proyecto amoroso de Dios que genera divisiones, enfrentamiento y muerte. Cristo se hace presente para preparar los cielos nuevos y la tierra nueva, lo cual exige que pase «la figura de este mundo» y llegar así a la plenitud querida por Dios desde el principio.

Frente a concepciones anteriores de la Iglesia como «sociedad perfecta» que se sitúa al lado o en frente de la sociedad civil, el Concilio recrea la categoría «sacramento» para expresar lo que la Iglesia es en medio y a favor de todos: un signo de unidad y de salvación. La sacramentalidad es clave para entender lo que es la Iglesia («misterio» de comunión para la misión) y lo que en ella somos y significamos

bautizados y ordenados. Es una categoría que nos une a las fuentes de la vida cristiana y nos abre a la plenitud en la que se cumplen todas las promesas. La Iglesia-Sacramento y los sacramentos de la Iglesia expresan y realizan el dinamismo de la Historia santa como coloquio de la gracia y la libertad, de la eternidad y el tiempo.

Lo sacramental nos habla de un don que se recibe como gracia y encargo que compromete la existencia, signo e instrumento, diseño y germen, paradigma y primicia en expresiones tan queridas para los Padres de la Iglesia y recuperadas en los documentos del Concilio Vaticano II. Nos hablan de una realidad que ya se nos ofrece en signo, diseño y paradigma, todavía no en plenitud. Pero esa misma gracia que se nos da es ofrecida como proyecto y tarea que se convierte en instrumento, germen y primicia de la plenitud que se manifestará.

En diálogo con esta sociedad de la que forma parte, la Iglesia, en sus miembros, debe ser y ofrecer «sacramentos», palabras y acciones, «signo e instrumento» de la buena noticia de salvación que quiere anunciar. Formada por miembros de la misma sociedad con la que quiere hablar y compartir sabe que «hacer Iglesia» es ya una manera estupenda de hacer sociedad, pero que además todos los creyentes están convocados a proponer a sus conciudadanos la luz y el calor que han recibido y que comparten según la vocación a la que han sido llamados.

El libro de Egied Van Broeckhoven sobre la amistad hace un elogio desde la experiencia personal de unos de estos sacramentales, la relación entre dos personas que comparten y abrazan su intimidad, su alma.

Todos anhelamos un amigo. Incluso en una sociedad tan individualista como la nuestra se reconoce el valor de la amistad y sus beneficios. Pero la amistad, como toda forma de amor, está degradada. Hay falsos amigos virtuales, a veces miles en las redes sociales, que no hacen desaparecer la soledad, al contrario, la intensifican. El

papa Francisco, en *Fratelli tutti*, hace elogios de la amistad social o cívica que contribuye a la convivencia social y facilita las relaciones políticas, incluidas las internacionales.

La amistad puede remediar la soledad, esta pandemia de nuestros días, para lo cual hay que cultivar su verdadero significado no tanto en el mundo de las ideas sino en el de la experiencia. Esta es la perspectiva que adopta el Padre Egied Van Broeckhoven en su bellissimo texto sobre la amistad. En estas páginas, como en la mejor tradición, se unen la contemplación y la acción. El espíritu contemplativo que destila la vida de este jesuita es imprescindible para poder asentarse en la bella intimidad que encierra el otro y engendrar así la amistad. Pero la belleza descubierta llama a proclamar y cultivar el invisible vínculo descubierto con obras y palabras. Lo que se pudiera denominar *via amicitia* para el encuentro con el otro y con el Otro. Dios nos ha creado para la amistad: «ya no os llamo siervos, sino amigos» (Jn 15,15).

Por ello, la pasión misionera que se despertó en Francia y Bélgica en muchos sacerdotes y que dio lugar al movimiento de curas obreros es para nuestro autor la oportunidad de iniciar y cultivar la amistad concreta con alguien. Más allá de la importancia institucional o sindical de esta presencia en ambientes concretos, es la oportunidad de la amistad el rasgo más misionero de esa experiencia.

No cabe duda de que en esta hora de nuevo inicio evangelizador y de llamada a ser Iglesia en salida, la «vía de la amistad» es una propuesta entusiasta para hacer Iglesia y sociedad, como experiencia integral que nos lleva de la mano a caer en la cuenta de que somos personas, relacionales, amables y amantes, más que individuos autónomos que creen poder salvarse a sí mismos. Como dice Egied Van Broeckhoven, la amistad es vía de acceso al corazón mismo de la realidad: el amor Trinitario.

La amistad ayuda a desvelar no solo la intimidad del otro, sino la Fuente de la vida y del amor. Así, el cultivo de la amistad cívica que ayude a caer en la cuenta de que la humanidad es familia de hijos y

hermanos se convierte en sacramento, signo e instrumento del don recibido y de la misión a realizar. Y no como un valor solamente, sino también desde el acontecimiento experimentado de reconocer un Padre común que nos ha «tocado» e insuflado el alma, hondón de la intimidad que la amistad descubre.

Luis Argüello

EGIED VAN BROECKHOVEN: FOTOGRAFÍA DE UNA VIDA (1933-1967)

Si hoy Cristo todavía tiene algo que decir a los hombres,
su palabra será una respuesta a sus deseos más profundos,
no un mensaje extraño a sus pensamientos y a sus corazones.

Esta amistad concreta y total es,
según yo y para mí, el único camino auténtico, a veces doloroso,
pero siempre muy consolador, a través del cual
el Reino de Dios crece ahora en este mundo.

En la mañana del 28 de diciembre de 1967, en una fábrica metalúrgica en Anderlecht, un distrito de Bruselas cerca de la Gare du Midi, se dio la alarma por uno de los frecuentes accidentes laborales que involucró a un joven trabajador.

Egied estaba encargado junto con Georges, un compañero de trabajo de los últimos meses, de ordenar unas placas de metal de seis metros por metro y medio, transportadas por una rampa móvil, y de abrir las tenazas de la grúa. Las placas de metal se colocaban verticalmente entre los pilares de soporte de hierro. En un momento dado, una de las tenazas que sostenía una placa se bloqueó y Egied fue detrás de la pila para aflojarla. En ese instante uno de los pilares de apoyo se rompió, los demás cedieron y toda la masa de las placas, que pesaba varias toneladas, se balanceó. Bajo el peso, Egied fue arrojado hacia atrás violentamente contra una placa que quedó colocada en vertical detrás de él. El golpe le rompió la espalda; murió instantáneamente, con los brazos extendidos sobre las placas. Tenía solo treinta y cuatro años¹.

¹ «Jezuïeten», 26/2 (1968), p. 74, cit. en E. Van Broeckhoven, *Journal spirituel spirituel d'un jésuite en usine: du temps des études au temps du travail*, trad. y edición de G. Neefs, Desclée de Brouwer-Bellarmin, París-Montreal 1976, p. 379.

La muerte del joven jesuita Egied Van Broeckhoven no pasó desapercibida. Los muchos que lo conocieron y que abarrotaron el cementerio de Grand-Bigard en su funeral, sabían que su trabajo en la fábrica y su muerte repentina fueron la culminación de un viaje apasionado en la búsqueda de Dios y que la fidelidad a su vocación lo había conducido al corazón ardiente de una gran ciudad como Bruselas, en un barrio habitado por inmigrantes y obreros.

Egied nació en Amberes el 22 de diciembre de 1933; su madre murió unos días después debido a las dificultades que surgieron durante el parto. Según el testimonio del jesuita Hugo Carmeliet, que convivió con Egied en los últimos años de su vida, esta pérdida le causó «un dolor profundo, nunca expresado, que quizás estaba en el origen de esa mirada melancólica que a veces marcaba los rasgos de su rostro y, ciertamente, de esa simpatía instintiva hacia el sufrimiento humano»².

Egied fue educado por sus tíos, los Van Daalhoffs, que, al no tener hijos, vivían solos en Schilde, en la provincia de Amberes. Tamie, la hermana mayor de su padre, y su esposo Frans, a quien Egied llamaba «Mononcle», se mencionan en varias ocasiones en el diario del jesuita, que mostraba un profundo agradecimiento hacia ellos, apreciando su discreción y afecto³.

La vocación de Egied se manifestó ya en los primeros años de sus estudios superiores; el 7 de septiembre de 1950, a los dieciséis años, ingresa en el noviciado de la Compañía de Jesús en Drogen, cerca de Gante.

«LLEVAR LOS HOMBRES A DIOS»: LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Egied siguió el largo plan de estudios de la formación jesuita; después de cinco años en Gante, comenzó sus estudios de Filosofía en

² Algunas noticias de la introducción fueron ofrecidas por un testimonio de Hugo Carmeliet, S.J.

³ Durante su juventud, las relaciones de Egied con su padre y su hermana escasearon. Su hermana era ocho años mayor que él. Después de su ingreso en la Compañía de Jesús se restablecieron las relaciones. Cf. E. Van Broeckhoven, *Journal spirituel d'un jésuite en usine*, cit., p. 27 nota 18.

Lovaina (1955-1958), seguidos por dos años de estudios clásicos en la Universidad Católica de la misma ciudad, hasta obtener la licenciatura en Filología Clásica en julio de 1959.

Los amigos de aquellos años apreciaban su jovialidad, el gusto por la amistad y un cierto anti-conformismo. Egied también era consciente, sin ostentación, de su propia sensibilidad mística cuando, a los veinticuatro años, comenzó a anotar intuiciones, deseos y el emerger de la experiencia de Dios en la oración y en los encuentros con las personas; luego de su muerte, se encontraron veintiséis cuadernos de notas y pensamientos.

Durante sus estudios, Egied comenzó a sentir el deseo de la misión, como a menudo les sucedía a muchos jóvenes jesuitas inspirados por los grandes misioneros de su historia⁴. Trató de aprender ruso para llevar el cristianismo más allá del Telón de acero y, convencido de que el estudio científico lo ayudaría en la obra de la evangelización, solicitó y obtuvo la oportunidad de inscribirse en la prueba de admisión de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Lovaina. Escribió el 7 de julio de 1958: «Estudio matemáticas para acercar a los hombres a Dios con este medio; nunca perderé de vista que este es el propósito último»⁵. Por varias razones, incluida la muerte de su padre, no pudo aprobar el examen. El 19 de diciembre de 1958 escribió:

Es una gran suerte que todavía me encuentre pendiente entre Filología Clásica y Matemáticas; esto me obliga a aclarar más las razones de mi decisión. En particular, por el momento, entiendo claramente que un especialista en ciencias exactas que viva una vida religiosa podría dar testimonio mucho mejor de esta vida religiosa entre los hombres de

⁴ Sobre las peticiones para las misiones de los jesuitas, cf. E. Colombo - M. Massimi, *In viaggio. Gesuiti italiani candidati alle missioni tra antica e nuova Compagnia*, Il Sole 24 ore, Milán 2014; E. Colombo - M. Massimi, *Cartas de un viaje interior. Una investigación en curso sobre las litterae indipetae italianas entre Antigua y Nueva Compañía*, en *Las misiones antes y después de la restauración de la Compañía de Jesús. Continuidades y Cambios*, editado por L. Correa Etchegey, E. Colombo y G. Wilde, Iberoamericana, Ciudad de México, 2014, pp. 69-100.

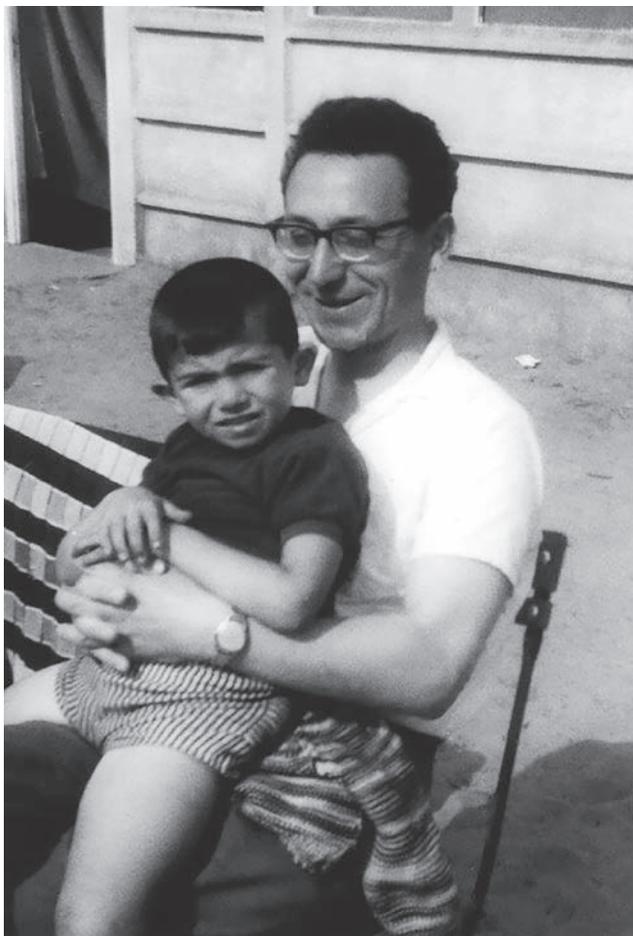
⁵ E. Van Broeckhoven, *Journal spirituel d'un jésuite en usine*, cit., pp. 29-30.

APÉNDICE



Retrato de Egied Van Broeckhoven

La muerte de su padre supuso para él «un dolor profundo, nunca expresado, que quizás estaba en el origen de esa mirada melancólica que a veces marcaba los rasgos de su rostro y, ciertamente, de esa simpatía instintiva hacia el sufrimiento humano».



Apostolado de barrio, Bruselas

«La Iglesia misma, en nuestra persona, se adentra cada vez más en el desierto para encontrar, llenos del amor del Señor, a los que se han extraviado. Y para ello debemos sentirnos enviados por la Iglesia, en su cabeza y sus miembros».

La amistad

En la mañana del 28 de diciembre de 1967, en una fábrica metalúrgica de Anderlecht, barrio de Bruselas cercano a la Gare du Midi, saltó la alarma por uno de los frecuentes accidentes laborales. Murió un joven trabajador, el jesuita Egied Van Broeckhoven.

Este libro contiene una amplia antología de extractos editados e inéditos del diario al que Van Broeckhoven confió sus reflexiones. En él se disciernen elementos profundamente enraizados en la tradición de la Iglesia católica y, al mismo tiempo, perfectamente adaptados a las necesidades e interrogantes de los hombres de nuestro tiempo.

Jesuita, trabajador y místico, Egied Van Broeckhoven permaneció fiel a la vocación que le llevó a los barrios más pobres de Bruselas, donde compartió su vida con los trabajadores y los marginados y donde descubrió el profundo valor de la amistad cristiana.

Depósito Legal: M-10553-2023



ISBN: 978-84-1339-151-9

